

RETIRO “DISCÍPULOS, APÓSTOLES, SANTOS”

6.- VENID A VER.

VER:

En el primer retiro decíamos que el encuentro con Dios en Jesucristo abarca todos los ámbitos y momentos de la vida. Ser “cristiano” no es serlo en una determinada proporción, sino serlo o querer serlo, con seriedad, las veinticuatro horas del día y todos los días de nuestra vida; serlo ante todas las situaciones y problemas –personales, familiares, afectivos, profesionales, educacionales, económicos, políticos, religiosos...– que se presentan en nuestro existir y hemos de afrontar continuamente.

Por tanto, ser cristiano conlleva un proceso, que comienza por ser discípulos, para ser apóstoles y teniendo como meta la santidad. Pero esto no significa que estas tres fases se den separadas unas de otras: aunque uno comienza siendo discípulo, nunca deja de serlo aunque ya haya asumido tareas de apostolado; y la llamada a la santidad está presente desde el principio del proceso.

Pero para sistematizar estos retiros, vamos a seguir el orden de “discípulos – apóstoles – santos”. Y así, en el segundo retiro vimos que, por haberse encontrado con Jesús, los primeros discípulos empiezan a vivir un proceso que les cambiará la vida para siempre. Reciben la llamada personal del Señor que les pide que dejen allí sus redes, su trabajo, sus vidas, y se vayan con Él para seguirle.

En el tercer retiro, contemplando el primer encuentro de Jesús con Andrés y Juan, veíamos que millones de personas dicen que son cristianas, pero no han experimentado un verdadero contacto con Jesús. No saben cómo vivió, ignoran su proyecto, no aprenden nada especial de Él. No han sido discípulos suyos.

En el cuarto retiro, meditando el encuentro de Jesús con la mujer samaritana, vimos que Jesús no vino a inaugurar una nueva religión, sino un nuevo estilo de vida, un nuevo modo de vivir la relación con Dios. Que uno empieza a ser cristiano a partir del encuentro con la Persona de Jesús, como el que tuvo la samaritana, y que esta experiencia no se puede copiar de otros. Cada uno está llamado a ese encuentro personal con Jesús y a seguirle como discípulo suyo.

En el quinto retiro vimos que un apóstol es alguien escogido por Jesús para ser enviado. Es el eslabón de una cadena. “Viene de”, es elegido por Alguien, y “va hacia”, es enviado a otros.

En este retiro volvemos al encuentro de Jesús con la mujer samaritana. Contemplaremos que una vez que el Señor conquista el corazón de la samaritana, su existencia se transforma, y corre inmediatamente a comunicar la Buena Nueva a su gente. El encuentro con Jesús la convierte en apóstol.

Como dice la letra de la canción: “Me has seducido, Señor, con tu mirada, me has hablado al corazón y me has querido. Es imposible conocerte y no amarte. Es imposible amarte y no seguirte”. Seguirte y no anunciarte.

Para la reflexión:

- ¿Qué características, cualidades, capacidades... creo que debe tener un apóstol?
- ¿Dónde se puede ejercer el apostolado? ¿Dónde lo puedo ejercer yo?

JUZGAR:

Jn 4, 28-30.39-42:

²⁸La mujer entonces dejó su cántaro, se fue al pueblo y dijo a la gente: ²⁹«Venid a ver un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho; ¿será este el Mesías?». ³⁰Salieron del pueblo y se pusieron en camino adonde estaba él.

³⁹En aquel pueblo muchos samaritanos creyeron en él por el testimonio que había dado la mujer: «Me ha dicho todo lo que he hecho». ⁴⁰Así, cuando llegaron a verlo los samaritanos, le rogaban que se quedara con ellos. Y se quedó allí dos días. ⁴¹Todavía creyeron muchos más por su predicación, ⁴²y decían a la mujer: «Ya no creemos por lo que tú dices; nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que él es de verdad el Salvador del mundo».

El pasaje en el que se describe el encuentro de Jesús con la mujer samaritana es una de las páginas más hermosas del cuarto evangelio. La conversación discurre desde la sed de Jesús que pide agua a la mujer, hasta el agua que Él ofrece, agua viva que apaga la sed para siempre y se convierte dentro del que la bebe en un surtidor que salta hasta la vida eterna.

A medida que la Samaritana dialoga con Jesús, va descubriendo poco a poco su verdadera identidad. Al principio lo ve simplemente como “un judío”, es decir, como un enemigo. Después lo considera “un profeta” y finalmente acoge la revelación de Jesús como Mesías.

Cuando la Samaritana descubre que su deseo más profundo sólo puede saciarse en el “pozo de Jesús”, deja allí su cántaro, porque ya no lo necesita. Ella misma se convierte en un manantial de “agua viva” y puede dar de beber con ella a sus compatriotas.

Jesús sólo había pedido a la Samaritana que regresara con su marido, pero ella da la noticia a todo Sicar. A ella le parece demasiado fuerte afirmar directamente a quienes no le conocen que Jesús es el Mesías, por eso simplemente les propone el interrogante: ¿será este el Mesías? Como apóstol, se ha visto en la necesidad de comunicar su descubrimiento a otros, pero no de una manera impositiva, sino cuestionándoles. Ahora es la gente del pueblo quienes tienen que decidirse a ir a ver a Jesús y convencerse por sí mismo de lo que la mujer les había transmitido.

Este proceso de fe de la Samaritana, de encuentro con el Señor, de anuncio, lo explica muy bien el Papa Francisco en la Jornada Mundial Misionera del 2013: “La fe es un don precioso de Dios, que abre nuestra mente para que lo podamos conocer y amar, Él quiere relacionarse con nosotros para hacernos partícipes de su misma vida y hacer que la nuestra esté más llena de significado, que sea más buena, más bella. Dios nos ama. Pero la fe necesita ser acogida, es decir, necesita nuestra respuesta personal, el coraje de poner nuestra confianza en Dios, de vivir su amor, agradecidos por su infinita misericordia. Es un don que no se reserva sólo a unos pocos, sino que se ofrece a todos generosamente. Todo el mundo debería poder experimentar la alegría de ser amados por Dios, el gozo de la salvación. Y es un don que no se puede conservar para uno mismo, sino que debe ser compartido. Si queremos guardarlo sólo para nosotros mismos, nos convertiremos en cristianos aislados, estériles y enfermos. El anuncio del Evangelio es parte del ser discípulos de Cristo y es un compromiso constante que anima toda la vida de la Iglesia. «El impulso misionero es una señal clara de la madurez de una comunidad eclesial» (Benedicto XVI, Exhort. ap. Verbum Domini, 95). Toda comunidad es «adulta», cuando profesa la fe, la celebra con alegría en la liturgia, vive la caridad y proclama la Palabra de Dios sin descanso, saliendo del propio ambiente para llevarla también a las «periferia», especialmente a aquellas que aún no han tenido la oportunidad de conocer a Cristo. La fuerza de nuestra fe, a nivel personal y comunitario, también se mide por la capacidad de comunicarla a los demás, de difundirla, de vivirla en la caridad, de dar testimonio a las personas que encontramos y que comparten con nosotros el camino de la vida”. (1)

“A menudo, la obra de evangelización encuentra obstáculos no sólo fuera, sino dentro de la comunidad eclesial. A veces el fervor, la alegría, el coraje, la esperanza en anunciar a todos el mensaje de Cristo y ayudar a la gente de nuestro tiempo a encontrarlo son débiles; en ocasiones, todavía se piensa que llevar la verdad del Evangelio es violentar la libertad. A este respecto, Pablo VI usa palabras iluminadoras: «Sería... un error imponer cualquier cosa a la conciencia de nuestros hermanos. Pero proponer a esa conciencia la verdad evangélica y la salvación ofrecida por Jesucristo, con plena claridad y con absoluto respeto hacia las opciones libres que luego pueda hacer... es un homenaje a esta libertad» (Exhort, Ap. Evangelii nuntiandi, 80). Siempre debemos tener el valor y la alegría de proponer, con respeto, el encuentro con Cristo, de hacernos heraldos de su Evangelio, Jesús ha venido entre nosotros para mostrarnos el camino de la salvación, y nos ha confiado la misión de darlo a conocer a todos, hasta los confines de la tierra”. (3)

La Samaritana es símbolo de la Iglesia. Es la pecadora que Jesús hace pasar de la tiniebla a la fe en Él, de pecadora a salvada en el agua espiritual del Bautismo, y de salvada a evangelizadora. Ella va a anunciar a los suyos que ha encontrado a Jesús, como la Iglesia, que anuncia la alegría de haber encontrado el Espíritu de paz, de amor, de perdón, de confianza en Dios. La Iglesia acompaña al encuentro con Jesús, a la experiencia personal de su palabra y de su Espíritu.

A la Samaritana no le avergüenzan ya sus pecados: **me ha dicho todo lo que he hecho**. La Iglesia no debe ocultar ni negar sus pecados, pero tampoco vivir avergonzada. Sabe que es humana, sabe que está compuesta por hombres y mujeres miserables, frágiles. Cuando nos echan en cara los pecados de la Iglesia, en realidad están dejando patente la autenticidad. Somos una Iglesia de frágiles, una Iglesia de pecadores, la Iglesia de la Samaritana que va diciendo a los samaritanos, sus paisanos: “Me ha dicho todo lo que he hecho. Venid a ver”. Cuando ese descubrimiento de nuestras miserias se recibe con humildad y se ilumina con fe, cuando hay sinceridad, hasta en las deficiencias de la Iglesia se encuentra a Cristo. Y ese encuentro con el Señor, que te dignifica, te lleva a anunciarlo.

Para la reflexión:

- A medida que la Samaritana dialoga con Jesús, va descubriendo poco a poco su verdadera identidad. ¿Cómo ha cambiado mi conocimiento de Jesús con el paso del tiempo? ¿Qué nuevos aspectos he descubierto?
- A ella le parece demasiado fuerte afirmar directamente a quienes no le conocen que Jesús es el Mesías, por eso simplemente les propone el interrogante: **¿será este el Mesías?** Como apóstol, se ha visto en la necesidad de comunicar su descubrimiento a otros, pero no de una manera impositiva, sino cuestionándoles. ¿Tengo ese estilo propositivo al hablar de Jesús? ¿Sé adaptarme a la madurez de aquéllos a quienes hablo de Jesús?
- La Iglesia no debe ocultar ni negar sus pecados, pero tampoco vivir avergonzada. Sabe que es humana, sabe que está compuesta por hombres y mujeres miserables, frágiles. Somos una Iglesia de frágiles, una Iglesia de pecadores. Cuando ese descubrimiento de nuestras miserias se recibe con humildad y se ilumina con fe, cuando hay sinceridad, hasta en las deficiencias de la Iglesia se encuentra a Cristo. ¿Vivo mi ser Iglesia de modo vergonzante? ¿Reconozco con humildad los pecados de quienes somos y formamos la Iglesia? ¿Sé mostrar la presencia de Cristo a pesar de nuestro pecado?

ACTUAR:

Hemos contemplado el itinerario de fe de una mujer que se convierte en sembradora del Evangelio y en apóstol de su propio pueblo. La Samaritana no responde a Jesús con palabras sino con hechos, y su testimonio lleva a los samaritanos a hacer experiencia personal de Jesús, a creer en Él.

El proceso de fe para la mujer samaritana y para sus paisanos empieza por ver a Cristo como “un judío más”, para pasar a ser un profeta, probablemente el Mesías y, finalmente, el Salvador del mundo. Y este proceso se produce al ritmo de sus propias vidas, en lo cotidiano.

Descubrir a Jesús puede empezar de una manera sencilla e inesperada: alguien nos habla de Él. Puede comenzar por un consejo de los padres, del marido o de la esposa, de un amigo... O a través de una lectura que nos inquieta, nos despierta algo y seguimos buscando... Y llega un momento en que ya no es el libro, ni los padres, ni el amigo, ... lo que nos mueve. Hemos entrado en contacto con Él, con Jesús, conocemos lo que dice, lo que propone.

Muchas veces sus palabras y hechos nos dejarán atónitos, o extrañados, o no los entenderemos... Pero no le demos la espalda. Sigamos con el deseo de saber de Él, de conocerlo. Como le ocurrió a la Samaritana, nos iremos impregnando de un espíritu nuevo, hasta entonces no experimentado. No tengamos miedo, porque Jesús nos está regalando el don de Dios.

Lentamente, casi imperceptiblemente, el Espíritu de Dios irá brotando dentro de nosotros, hasta el punto de que dejaremos de tener necesidad de seguir buscando sentido a nuestra vida, porque estaremos experimentando que nuestra vida ya tiene sentido pleno. Y, como la gente de Sicar después de la labor de apostolado de la Samaritana, podremos excluir: “Jesús es de verdad el Salvador del mundo”.

La Samaritana se ha convertido en apóstol y como apóstol atrae a otros hacia Cristo. Podemos decir que es la Hora de la Iglesia. Ya no será Cristo el que predica personalmente, será Él a través de la Samaritana, será Él a través de todos los que vayan creyendo en Él. Ésta es la obra de Dios, que continúa su Iglesia.

Para la reflexión:

- La Samaritana no responde a Jesús con palabras sino con hechos, y su testimonio lleva a los samaritanos a hacer experiencia personal de Jesús, a creer en Él. ¿Qué hechos de apostolado estoy llevando a cabo?
- Descubrir a Jesús puede empezar de una manera sencilla e inesperada: alguien nos habla de Él. Puede comenzar por un consejo de los padres, del marido o de la esposa, de un amigo... O a través de una lectura. ¿Quién o qué me ayudó a descubrir a Jesús?
- Ya no será Cristo el que predica personalmente, será Él a través de la Samaritana, será Él a través de todos los que vayan creyendo en Él. Ésta es la obra de Dios, que continúa su Iglesia. ¿Me siento directamente implicado y corresponsable de la misión evangelizadora?

Ahora también en la diócesis es la hora de la Iglesia: aprendamos de la Samaritana. El encuentro con el Señor produce una profunda transformación en quienes no se cierran a Él; y el primer impulso que surge de esta transformación es comunicar a los demás la riqueza adquirida en la experiencia de este encuentro. No se trata sólo de enseñar lo que hemos conocido, sino también, como la Samaritana, de hacer que los demás encuentren personalmente a Jesús: «Venid a ver». El resultado será el mismo que se verificó en el corazón de los samaritanos, que decían a la mujer: «Ya no creemos por tus palabras; que nosotros mismos hemos oído y sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del mundo».

La Iglesia, que vive de la presencia permanente y misteriosa de su Señor resucitado, tiene como centro de su misión llevar a todos los hombres al encuentro con Jesucristo. Ella está llamada a anunciar que Cristo vive realmente, es decir, que el Hijo de Dios, que se hizo hombre, murió y resucitó, es el único Salvador, y que como Señor de la historia continúa operante en la Iglesia y en el mundo por medio de su Espíritu hasta la consumación de los siglos.

La presencia del Resucitado en la Iglesia hace posible nuestro encuentro con Él, gracias a la acción invisible de su Espíritu vivificante. Este encuentro se realiza en la fe recibida y vivida en la Iglesia, que es el cuerpo místico de Cristo. Este encuentro, pues, tiene esencialmente una dimensión eclesial y lleva a un compromiso de vida.

Jesús quiere llevarnos, como a la samaritana, a profesar con fuerza nuestra fe en Él, para que después podamos anunciar y testimoniar a nuestros hermanos la alegría del encuentro con Él y las maravillas que su amor realiza en nuestra existencia. La fe nace del encuentro con Jesús, reconocido y acogido como Revelador definitivo y Salvador, en el cual se revela el rostro de Dios. La revelación acogida con fe impulsa a transformarse en palabra proclamada a los demás y testimoniada mediante opciones concretas de vida. Ésta es la misión de los creyentes, que brota y se desarrolla a partir del encuentro personal con el Señor.

El que, como la mujer samaritana, tiene encuentros con Jesús y con su Espíritu, se va transformando como ella en apóstol, en testigo de Dios en la vida de cada día: su manera de actuar lo demuestra y convence. Los discípulos son enviados a ser apóstoles, a extender la buena noticia y a incorporar a otros nuevos discípulos.

Quien ha recibido las aguas del Bautismo se convierte en enviado para evangelizar, se convierte apóstol que comunica y anuncia el gran regalo de Dios. En la situación de nuestro mundo son muy necesarios tales apóstoles, tales testigos: no nos conformemos con pedirlos, seamos uno de ellos. Conocemos el camino, y sabemos que la gracia del Espíritu no nos faltará.

Para la reflexión:

- No se trata sólo de enseñar lo que hemos conocido, sino también, como la Samaritana, de hacer que los demás encuentren personalmente a Jesús: «Venid a ver». ¿Sé invitar a otras personas a que se acerque a Jesús, a la Iglesia? ¿Qué dificultades encuentro?
- En la situación de nuestro mundo son muy necesarios tales apóstoles, tales testigos: no nos conformemos con pedirlos, seamos uno de ellos. Conocemos el camino, y sabemos que la gracia del Espíritu no nos faltará. ¿Cómo me siento cuestionado? ¿Cómo puedo ser mejor apóstol?

VER:

- ¿Qué características, cualidades, capacidades... creo que debe tener un apóstol?
- ¿Dónde se puede ejercer el apostolado? ¿Dónde lo puedo ejercer yo?

JUZGAR: Jn 4, 28-30.39-42:

²⁸La mujer entonces dejó su cántaro, se fue al pueblo y dijo a la gente: ²⁹«Venid a ver un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho; ¿será este el Mesías?». ³⁰Salieron del pueblo y se pusieron en camino adonde estaba él. ³⁹En aquel pueblo muchos samaritanos creyeron en él por el testimonio que había dado la mujer: «Me ha dicho todo lo que he hecho». ⁴⁰Así, cuando llegaron a verlo los samaritanos, le rogaban que se quedara con ellos. Y se quedó allí dos días. ⁴¹Todavía creyeron muchos más por su predicación, ⁴²y decían a la mujer: «Ya no creemos por lo que tú dices; nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que él es de verdad el Salvador del mundo».

- A medida que la Samaritana dialoga con Jesús, va descubriendo poco a poco su verdadera identidad. ¿Cómo ha cambiado mi conocimiento de Jesús con el paso del tiempo? ¿Qué nuevos aspectos he descubierto?
- A ella le parece demasiado fuerte afirmar directamente a quienes no le conocen que Jesús es el Mesías, por eso simplemente les propone el interrogante: ¿será este el Mesías? Como apóstol, se ha visto en la necesidad de comunicar su descubrimiento a otros, pero no de una manera impositiva, sino cuestionándoles. ¿Tengo ese estilo propositivo al hablar de Jesús? ¿Sé adaptarme a la madurez de aquéllos a quienes hablo de Jesús?
- La Iglesia no debe ocultar ni negar sus pecados, pero tampoco vivir avergonzada. Sabe que es humana, sabe que está compuesta por hombres y mujeres miserables, frágiles. Somos una Iglesia de frágiles, una Iglesia de pecadores. Cuando ese descubrimiento de nuestras miserias se recibe con humildad y se ilumina con fe, cuando hay sinceridad, hasta en las deficiencias de la Iglesia se encuentra a Cristo. ¿Vivo mi ser Iglesia de modo vergonzante? ¿Reconozco con humildad los pecados de quienes somos y formamos la Iglesia? ¿Sé mostrar la presencia de Cristo a pesar de nuestro pecado?

ACTUAR:

- La Samaritana no responde a Jesús con palabras sino con hechos, y su testimonio lleva a los samaritanos a hacer experiencia personal de Jesús, a creer en Él. ¿Qué hechos de apostolado estoy llevando a cabo?
 - Descubrir a Jesús puede empezar de una manera sencilla e inesperada: alguien nos habla de Él. Puede comenzar por un consejo de los padres, del marido o de la esposa, de un amigo... O a través de una lectura. ¿Quién o qué me ayudó a descubrir a Jesús?
 - Ya no será Cristo el que predica personalmente, será Él a través de la Samaritana, será Él a través de todos los que vayan creyendo en Él. Ésta es la obra de Dios, que continúa su Iglesia. ¿Me siento directamente implicado y corresponsable de la misión evangelizadora?
-
- No se trata sólo de enseñar lo que hemos conocido, sino también, como la Samaritana, de hacer que los demás encuentren personalmente a Jesús: «Venid a ver». ¿Sé invitar a otras personas a que se acerque a Jesús, a la Iglesia? ¿Qué dificultades encuentro?
 - En la situación de nuestro mundo son muy necesarios tales apóstoles, tales testigos: no nos conformemos con pedirlos, seamos uno de ellos. Conocemos el camino, y sabemos que la gracia del Espíritu no nos faltará. ¿Cómo me siento cuestionado? ¿Cómo puedo ser mejor apóstol?

Testimonio de la samaritana

Martha Reyes

En el pozo de Jacob,
algo hermoso sucedió,
cuando agua fui a buscar,
para así mi sed calmar,
estaba sentado un hombre
me pidió agua de beber,
del agua que hay en mi alma,
pues de mi alma tenía sed.

Me dijo que me ofrecía,
agua viva de su ser,
manantiales de mi vida,
siempre se verán correr,
como ríos de agua viva,
que voy a la eternidad,
para así adorar al Padre
en espíritu y verdad.

De ti brotarán ríos de agua viva,
cuando sientas recibir mi perdón
y mi amistad, en ti fluirán,

a los mares de tu vida,
cuando recibas de mí tu libertad.

Pronto le quise pedir de ese manantial
de amor y en mi pudo distinguir,
un pasado de dolor, fue cuando reconocí,
al profeta Hijo de Dios,
en mi corazón la voz,
en el pozo de Jacob.

Es por eso mis hermanos
que a todos quiero decir,
que he nacido en este pueblo
y aquí también renací
pues estaba yo perdida,
y al Mesías encontré
y al beber de su agua viva,
testifico por mi Fe.

Que de ti brotarán ríos de agua viva,
cuando sientas de Jesús,
su perdón y su amistad.

De ti fluirán a los mares de tu vida
cuando Cristo te entregue tu libertad.